

LA CONSPIRACIÓN

I

Roma, foco civilizador, punto donde confluyen todos los caminos del mundo conquistado y expoliado; Roma, admirada y odiada, creadora genial y destructora implacable, cuna de ejemplares acciones y de corrupciones perversas; Roma, la ciudad intemporal, eterna, ha quedado sumida en la densa oscuridad de una noche sin luna ni estrellas.

Y al abrigo de esta impenetrable negrura nocturna, sombras más densas se mueven por este mar de tinieblas. Solo el sonido apagado de furtivos pasos delatan desconocidas presencias. Leves golpecitos. Se oye el chirrido de los goznes de una puerta al abrirse, y un haz breve de luz rasga, como un puñal, el velo de tupido luto que cubre las calles y los edificios de la gran urbe.

En el interior de la casa, un grupo de personas discuten a media voz. Algo importante se está gestando. Se refleja en la seriedad de los rostros, morenos y curtidos unos, blancos y carnosos otros.

CASIO.- No es posible dilatar más cualquier acción. Ya lo habéis visto hoy. ¡Y nosotros indecisos, dudosos! ¿Qué más pruebas queréis de sus intenciones?

CORNELIO.- ¿Pruebas? ¡Si rechazó las ofertas de Marco Antonio! Tres veces eludió colocar sobre su cabeza la corona que le ofrecía.

BRUTO.- ¡Farsa! ¡Pura y simple farsa!

CASIO.- Todo fue una maniobra, un acto meditado preparado para estudiar las reacciones del pueblo.

BRUTO.- Y la plebe, burda y estúpida, aplaudió. Aplaudió cuando ignoraba si aceptaría. Y aplaudió, también, el hipócrita gesto de renuncia. ¡El pueblo siempre aplaude a los triunfadores y los sigue! Tiene un instinto gregario de manada, dócil a la voz de mando.

Se produce un silencio largo y tenso. Crepita la leña húmeda lamida por las llamas, y la luz producida proyecta sobre la pared las sombras siniestras de los conspiradores, dibujando un confuso y amorfo conjunto fantasmal.

Bruto se levanta y pasea meditando. Los demás le siguen con la mirada en el recorrido, esperando de nuevo sus palabras. Hay en su rostro una expresión airada, una dura mueca de odio y de rencor, que resalta la oscilante luz desprendida del fuego de la chimenea.. Se detiene y extiende los brazos teatralmente.

BRUTO.- Nadie, como persona, le tiene más cariño que yo. Pruebas recibí de su afecto y amistad; mal podría yo desearle desgracia, ni gozarme en su hundimiento o destrucción. Mi corazón sangra con una doble y contradictoria herida: de un lado, la que provoca el hecho de mi entrañable sentimiento hacia el amigo; de otro, la que nace de mi amor a Roma, a la República, en trance de caer bajo los pies del tirano. ¿Y qué hacer cuando ambos amores no pueden coexistir? ¿Cómo obrar cuando es necesario e inevitable elegir?

La voz de Bruto retumba como martillazos en la pequeña estancia y golpea las mentes de los conspiradores, fascinados por el tono y energía de sus palabras.

BRUTO.- Mi alma se debate en dolorosas dudas, tratando de hallar soluciones a un conflicto para el que sólo existen dos salidas: Cesar o Roma.

CASIO.- ¡Primero Roma!

TODOS.- ¡Roma! ¡Roma!

BRUTO.- ¡Cierto! Esa es la elección correcta: La República en peligro. Pero permítdme expresar lo difícil que para mí puede ser actuar de manera acertada. Mi vida daría para que Cesar renuncie a su ambición, para que respete las instituciones y no concentre el poder en sus manos. Yo admiro su inteligencia, su capacidad, su valentía; pero deploro que utilice estas facultades en destruir la tradición y en exaltar su persona.

CASIO.- Roma somos todos. César trata de erigirse en la única voluntad política y religiosa. Para ello eleva a gente sin nobleza, sitúa en puntos importantes a libertos y esclavos, mientras aparta a quienes representamos al auténtico pueblo romano. Hacemos antesala ante inferiores y no cuenta con

nosotros para ninguna decisión. El Senado se ha transformado en simple coro de aplausos y asentimientos. Ninguna voz es capaz de alzarse para defender nuestros intereses, ni para discutir las proposiciones de César, que siempre son aceptadas. No es posible continuar así... Terminaríamos siendo los esclavos incondicionales de un poder sin frenos, absoluto y despótico. Nuestras haciendas y nuestras vidas dependerán de su capricho y de su humor...

CORNELIO.- No creo que César llegue a tales extremos. Su discreción ha demostrado...

CASIO.- ¿Qué no...? Lo que ocurre es que posee una astuta habilidad para maniobrar: algo muy útil para un político ambicioso y sin escrúpulos. ¿Qué otros méritos tiene? Cualquiera de nosotros puede compararse a él y ninguno hemos tratado de apoderarnos del poder de manera personal. En el noble Bruto, que lucha internamente entre la amistad y el deber, concurren circunstancias y virtudes tan destacables como las tuyas; y, sin embargo, tan sólo piensa en el bien general, en salvar la República.

Con voz atiplada y una afectación que exteriorizan oscuros y desviados instintos, Casca trata de ofrecer nuevos argumentos a la conspiración.

CASCA.- Además, pretende moralizar hipócritamente. ¿Y cómo voy yo a cerrar mis prostíbulos ni a renunciar a mis efebos?

II

Las luces de la ciudad, multicolores, centelleantes, sin orden aparente, semejantes a cúmulos estelares o a una galaxia desorganizada, parecen que intentan ahuyentar la negra y fría noche y cortar, como brillantes espadas, la espesa niebla. Pero el empeño resulta vano. La oscuridad se hace cada vez más densa. Las farolas, los gigantescos anuncios, los rascacielos, pierden luminosidad, casi se apagan, abrazados por las impalpables gotitas de las nubes que se posan sobre el suelo.

Hace frío. Los ruidos de la gran urbe casi han desaparecido. De vez en cuando se escucha el chillido estridente, trágico, de alguna ambulancia, o el silbido de un expreso trasnochador que avisa su llegada. También se observan, con escasa frecuencia, los faros encendidos de automóviles que cruzan, veloces, las desiertas avenidas, como pequeños gusanos de luz.

Desde el ventanal del apartamento, en el piso 32 del recién construido edificio -acero, plástico, cristalinos módulos irrompibles-, Bruto mira sin ver. Su mente está ocupada con hondas preocupaciones. Fuma un pitillo sedante y estimulador -por fin se consiguieron variedades sin nicotina y con elementos fortalecedores de las células-, y consulta, impaciente, la hora. Son las cuatro de la madrugada. Y como obedeciendo a su gesto, suena el timbre de la puerta. Mira la pantallita del portero automático y, al reconocer a Casio, abre pulsando el mando a distancia de la cerradura electrónica.

Casio, elegante y refinado, se despoja de la capa y de la espada y estrecha, sonriente, la mano de Bruto. Sin tiempo para cruzar palabras, , suena de nuevo

el timbre y van entrando los demás conspiradores: Casca, con recogida túnica de seda, pelo teñido de rojo y verde y gestos amanerados; Cornelio, con aspecto de ejecutivo, traje negro y grueso portafolios; el General, de uniforme gris perla, sobrecargado de medallas y condecoraciones; el Astronauta, con su peculiar vestimenta, brillante y ceñida.

Forman un conjunto extraño y heterogéneo, anacrónico y futurista, con impensable mezcla de estilos y épocas. Igual sucede con el mobiliario del apartamento, donde coexisten el triclinio, la mesa barroca, el sofá de líneas dinámicas, el televisor, los vasos cerámicos y las estilizadas copas de cristal de Bohemia.

BRUTO.- Bienvenidos.

CORNELIO.- Espero que hoy quede todo bien concreto y claro.

Del enorme portafolios extrae documentos y planos que reparte a los demás. Estos los examinan en silencio durante largos minutos. Se miran unos a otros, entre confundidos e interrogantes.

BRUTO.- Encargué a Cornelio, como experto, una planificación bien estudiada de las acciones a realizar, por una razón obvia: no importa tanto la eliminación de César, como garantizar que los objetivos deseados se alcanzan con su muerte. De nada serviría liberarnos del tirano, si otro le sustituye. Hemos de asegurar que las instituciones en peligro continúen vigentes.

CASCA.- Y nuestro status. A mi no me seduce el poder; me interesan mis riquezas, mis modos de vida...

CASIO.- Ya lo sabemos, Casca. Pierde cuidado. Seguirás con tus salas de fiesta, tus drogas, tus prostíbulos y tus mancebos.

CASCA.- ¿Qué hay de malo en ello? La libertad tiene que ser para todo, puñeta. Cada cual debe sentirse dueño de sí, de su destino, de sus aficiones y de sus gustos.

BRUTO.- ¡Basta! No discutamos en vano.

CASIO.- Lo importante es que los acontecimientos no nos arrastren. César tiene evidente buena imagen entre la plebe y ello puede significar peligro de revolución. Hemos de actuar con rapidez, contrarrestar cualquier intento reaccionario. Y nada mejor, para conseguirlo, que una buena propaganda y el control, desde el principio, de la información.

GENERAL.- Puedo lograr, en pocos minutos, la ocupación de todas las emisoras y televisiones.

ASTRONAUTA.- Y yo evitar el funcionamiento de los satélites espaciales.

BRUTO.- ¡No! ¡No! No es buen sistema. Tales actuaciones desprenden

un tufillo repelente a golpismo, que puede tener éxito, pero será siempre pasajero. Se trata de algo más importante: conseguir que esa anónima masa que lo aclama, le vitupere de manera inmediata, y aplauda nuestra acción, y entienda la necesidad de su muerte; que nos agradezcan el dolor que padecemos al clavar el puñal en su corazón, siendo amigos y protegidos suyos...

CASCA.- ¡Complicado pones el asunto!

GENERAL.- Y difícil. ¿Cómo lo haremos?

BRUTO.- Ciertamente que es complicado y difícil. De ahí que Cornelio, experto en negocios, hábil y sutil para situaciones anómalas y equívocas, haya estudiado la forma de implicar a los más próximos al tirano, en especial a Marco Antonio, para que el pueblo no sospeche nunca que existen intereses ajenos al bien común.

GENERAL.- ¿Y cómo lo conseguiremos?

CORNELIO.- Es tema que explicaré después. Ahora lo importante es señalar la fecha, el lugar del atentado y la forma de distribuir el poder.

CASIO.- La mejor ocasión se presenta con la apertura del Senado. César, además, es confiado y va sin guardias.

CORNELIO.- Así lo había planteado yo. Y para que nadie pueda eludir hipotéticas responsabilidades, todos nosotros, en colaboración quizás única en la Historia, segaremos su vida con nuestras propias armas.

CASCA.- Está bien. Pero, ¿y después?

CORNELIO.- Formaremos un gobierno, presidido de forma rotatoria por cada uno de nosotros. Así se evitan tentaciones totalitarias.

BRUTO.- En cuanto a Marco Antonio...

CORNELIO.- Es joven y ambicioso. Una vez cometido el atentado, por propia conveniencia, se unirá a nosotros. Es cuestión de una buena oferta. Yo me encargo de convencerlo.

BRUTO.- ¿Entonces?

TODOS.- ¡De acuerdo! ¡El 15 de Marzo Roma será libre!

Se abrazan con entusiasmo. En todos los ojos se observa un brillo inusitado como el producido por la embriaguez. Y sienten, en verdad, un insólito placer, un gozo excitante con la esperada satisfacción de sus ruines apetencias y envidias, largamente fermentadas en la hipocresía.

Bruto, ya solo, pasea por la estancia y da largas chupadas al cigarrillo. Se detiene junto al ventanal. La ciudad duerme con un sueño entrecortado, inquieto, desasosegado, que nunca proporciona completo descanso. Tampoco hay tranquilidad en Bruto. En su cabeza bullen mil pensamientos y confusos deseos que no consigue, o no se atreve, a concretar. Si hasta el más noble y

valeroso espíritu, en momentos difíciles, siente el frío hálito del miedo o el incómodo escozor de la duda, ¿qué no le ocurrirá al de cobardes y sucios sentimientos?

BRUTO.- ¡Bah! No hay que ser pesimistas. La hora ha llegado y todo acabará bien... César, tú fin está próximo. No podía ser de otra manera. ¿Qué cualidad posees tú de la que yo carezca? Soy más fuerte que tú; soy, cuando menos, tan inteligente; mis dotes de organizador y guerrero, corren parejas a las tuyas... ¿Por qué, entonces, tú has conseguido elevarte por encima de los demás? ¿Qué suerte, qué apoyo de los dioses has tenido para alcanzarlo? ¿De qué trucos u oscuras maquinaciones te has valido para convertirte en semidiós por todos alabado? Nada existe en tí que descuelle por encima de mi y, si embargo, yo soy un simple ciudadano, tal vez algo distinguido, y tú, en cambio, concentras todo el poder y aspiras a perpetuarlo en tu persona y descendientes... Pero no sucederá. Ni los propios dioses, si te ayudaron en tus empresas, lograrán impedir ahora tu destrucción. Hay algo más poderoso que la suerte, que la astucia y que incluso el favor de las divinidades: el odio. Y tú, César, lo has sembrado con espléndida liberalidad, cuando otorgabas favores, perdonabas traiciones, ayudabas sin exigencias... ¿No comprendías, estúpido, que pueden perdonarse el castigo injusto, el abuso ruin, la maldad cruel, pero nunca las generosas dádivas o las acciones bondadosas? Los primeros pueden rebelarnos, incitarnos a la lucha y, al vencer, con el triunfo, caerán en el olvido; pero estas otras nos humillan y obligan a un continuo agradecimiento que nos convierten en esclavos, y acaban por hacer de nuestro corazón un pozo sin fondo de resentimientos...

III

15 de Marzo. Las tribunas del Senado se encuentran repletas de público expectante y curioso. Las cámaras de televisión ensayan los enfoques más adecuados. Periodistas de todo el mundo ajustan sus grabadoras y objetivos para recoger las palabras e imágenes del gran César.

Algunos senadores han ocupado ya sus asientos; otros pasean y fuman por los pasillos o forman corros. Cerca de la efigie de Pompeyo, próxima al lugar por donde ha de entrar la comitiva, se encuentran Casio, Bruto, Cornelio y el resto de los conspiradores. Aún cuando intentan disimular, sus rostros delatan íntimo nerviosismo. Las sonrisas que dibujan parecen muecas de contrahechas máscaras, y sus músculos están tensos como cuerdas de lira, a punto de romperse.

De la calle llega el sordo rumor de la multitud. De repente, como una oleada sonora, se escuchan vítores y aplausos que van aumentando en intensidad, hasta hacerse atronadores. Casio y sus amigos se miran. Seca la garganta, lívida la tez, amoratados los labios, apenas si pueden balbucir palabra. Se agrupan, como buscando mutuo apoyo y dejan espacio libre en el pasillo. Por el fondo la arrogante figura de César se vislumbra ya, saludando. La blanca túnica que viste, en un alarde de sencillez, se agita con su paso enérgico. Cuando se acerca hasta ellos, levanta los brazos efusivamente y los saluda. Sonriente, Casio se adelanta como para abrazarlo y le hunde un puñal en el vientre. Casi simultáneamente, Casca le asesta otro golpe, el General y el astronauta descargan sus automáticas y Bruto, por último, hunde su espada en el pecho del

dictador que, apoyado en el pedestal de la estatua de Pompeyo, cubre su faz descompuesta por el dolor y la agonía, acertando sólo a musitar:

CESAR.- ¿También tú, Bruto?

Y su cuerpo, convertido en fuente sangrante de rojos chorros, víctima de las mil heridas de la envidia, del odio, del resentimiento, de turbiosos intereses, de bajas ambiciones, se desploma sobre el suelo...

Gritos de terror. La gente huye despavorida. En la calle suenan sirenas, disparos, rugidos de pesados vehículos, voces estentóreas. Y por el cielo gris cruzan naves, sobrevolando la ciudad, como siniestras aves rapaces.

IV

La gran ciudad cosmopolita, universal, muestrario del arte y de la civilización de Occidente, se encuentra en calma; una calma extraña que lo mismo puede indicar aceptación de los hechos, con esa sabiduría, escéptica e indiferente, que otorga la memoria histórica, como presagio de tormentosa violencia, fruto del caliente temperamento latino.

Bruto, desde el ventanal de su lujoso apartamento, mira sin ver el paisaje urbano: calles casi vacías, cruzadas apenas por gente presurosa y por autos que se pierden veloces; vehículos policiales y militares, estacionados en diversos puntos estratégicos, que vigilan.

BRUTO.- ¡Consummátum est! ¡Adiós, César! Ya eres pasado irrecuperable, simple historia para eruditos. Tuviste aspiraciones de divinidad y te has convertido en despojos malolientes; deseaste la corona de rey y el dominio de la tierra y sólo tendrás un hueco bajo el frío suelo. Tus conquistas, tus habilidades políticas, tu discreción, tu brillantez, tu capacidad de seducción, ¿de que te han valido?... Mísero mortal con ambiciones semejantes a las de los dioses, has tropezado -como no podía ser menos- y caído con estrépito. Ya no existe en tí superioridad sobre los demás; ya no destacas entre tus semejante; ya el populacho no te aplaude ni te sigue...Ya eres materia inerte que se descompone y desaparece...¡Por fin ocurrió!

Un hondo suspiro escapa de su pecho, como si a su alma, a todo su cuerpo, largamente atormentados y tensos, hubiera llegado la calma, la paz. Una placentera sensación le invade, y aflora una sonrisa a sus labios.

En este momento entra Casio. Aunque con ciertas precipitación, que no oculta el gozo, se dirige a Bruto, que no se ha dado cuenta de la presencia del amigo.

CASIO.- ¡Bruto!

BRUTO.- ¡Casio!

Se abrazan efusivamente, como compañeros de una aventura felizmente resuelta.

CASIO.- Cornelio y yo hemos hablado con Marco Antonio. Todo lo ha comprendido.

BRUTO.- No podía ser de otro modo.

CASIO.- Cierto, tal como tú esperabas. Ha entendido la fuerza de nuestras razones y se une a la causa.. El General, por otra parte, lo tiene todo bajo control.

BRUTO.- Eso es bueno.

CASIO.- La ciudad se halla tranquila. A nadie le ha importado gran cosa la desaparición de César. Por ello, como querías, se está dando la explicación que preparaste por televisión. El propio Marco Antonio se ha ofrecido para hablar en el funeral.

BRUTO.- ¡Estupendo! ¡Es más de lo que esperaba!

CASIO.- Posiblemente ya se estén emitiendo sus palabras, después de las grabadas por ti.

BRUTO.- Vamos a escucharle.

Conecta el televisor y en la pantalla, a todo color, aparece Marco Antonio, grave el joven y curtido rostro, serena la mirada. A sus pies yace César, cubierto de algunas flores que no consiguen disimular las manchas de sangre.

Su voz, recia y firme, se difunde por todos los rincones, recitando las palabras que escribiera Shakespeare.

MARCO ANTONIO.- "¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! "¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle! ¡El mal que hacen los hombres perdura sobre su memoria! ¡Frecuentemente el bien queda sepultado con sus huesos! ¡Sea así con César! El noble Bruto ha dicho que César era ambicioso. Si lo fue, era la suya una falta grave, y gravemente la ha pagado.

BRUTO.- ¡Bien dicho, Marco Antonio!

MARCO ANTONIO.- "Era mi amigo, para mi leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre horado. Infinitos cautivos trajo a Roma, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parece esto ambición en César? Siempre que los pobres dejaban oír su voz lastimera, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más

dura! No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honrado. Todos visteis que en las Lupercales le presenté por tres veces una corona real, y la rechazó tres veces. ¿Era esto ambición? No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y, ciertamente, es un hombre honrado. ¡No hablo para desaprobar lo que Bruto habló! ¡Pero estoy aquí para decir todo lo que sé!

Bruto y Casio, perplejos y rojos de rabia, se miran

BRUTO.- ¡Traición! ¡Llama al general y que corten la emisión!

CASIO.- Es necesario actuar con rapidez. Marco Antonio es capaz de levantar al populacho. ¡Qué ingenuos hemos sido!

Mientras tratan de telefonear, sin conseguir durante largo rato comunicar, la voz de Marco Antonio, desde el televisor, va desgranando su discurso.

MARCO ANTONIO.- "Si estuviera dispuesto a excitar al motín y a la cólera a vuestras mentes y corazones, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres honrados. ¡No quiero ser injusto con ellos!"

BRUTO.- ¡Maldita sea! ¿Dónde está el General?

CASIO.- ¡Ya contesta!...General, ¿Qué ocurre? ¿Cómo...?...

BRUTO.- ¡Dame! ¡General, impida la emisión! ¿Qué no puede? ¿Qué la gente está amotinada? Haga uso de la fuerza y llame en cuanto esté todo controlado.

Descompuestos, continúan, como hipnotizados, frente a la pantalla. La luz cenicienta de la tarde imprime al ambiente un tono de tragedia. Suena el teléfono.

BRUTO.- ¿Si?

Palidece. Casio acerca el oído al auricular, deseoso de conocer las noticias que turban a Bruto. Este, despacio, cuelga.

CASIO.- ¿Qué ocurre?

BRUTO.- Prepárate para la huida. Las tropas se han unido a Marco Antonio y Octavio rodea la ciudad con sus legiones. El general ha sido detenido y Casca vuela, con sus efebos, hacia algún refugio...

CASIO.- ¡Pero si el General tenía bajo control la situación...!

BRUTO.- Eso creía el imbécil. Mas las masas, agitadas por Marco Antonio, han infundido pavor en los mandos militares, que han terminado por seguirle.

CASIO.- ¡Pero si no puede ser! ¡Si aún está hablando!

BRUTO.- Como mi intervención, la suya también está grabada. La alocución hace tiempo que la ha pronunciado ante el pueblo estúpido, que gusta

de las cadenas y desconoce la democracia...¡Todo se ha perdido! No debemos perder el tiempo.

CASIO.- ¿Y que hacemos para llevarnos nuestros bienes?

BRUTO.- Lo que importa ahora mismo es salvar la vida. Huyamos.

Salen apresurados y nerviosos. La tarde gris y fría de marzo, se hace cada vez más oscura. En la pantalla Marco Antonio está terminado su discurso.

MARCO ANTONIO.- ¡Así era César! En su pecho solo existía la ambición de engrandecer a Roma. No hubo en él afán de endiosamiento personal, ni jamás pensó convertirse en tirano. No estaban, con él, en peligro la República, ni la libertad, ni el pueblo al que amaba. Sus actos perseguían la eficacia y una organización racional de la sociedad, con eliminación de las influencias partidistas y de los turbios intereses de grupos. César no ha muerto víctima de sus ambiciones: le han matado quienes no querían perder sus privilegios o no podían soportar sus virtudes ejemplares. El noble corazón de César ha sido destrozado con saña por manos asesinas, unidas en conspiración, en sucio maridaje, para defender sus corrupciones y satisfacer sus odios. ¡Que nada hiere tanto a los espíritus ruines como saberse o sentirse inferiores ante hombres egregios! Este ha sido el delito de César: su grandeza. Y porque era grande, y porque era noble, y porque era valeroso, y porque era inteligente, unos seres con almas pequeñas, podridas y corroídas por los gusanos de la maldad, de la envidia y del resentimiento, no podían soportarlo. ¡Y nos lo arrebatan cobardemente, valiéndose de la generosa amistad que César prodigaba a su alrededor! ¡Llorad por la pérdida, romanos!

La noche ha caído sobre la ciudad como un negro manto de luto.

Enero 1.988